Epoca vii. Habana 28 de Noviembre de 1869. Numero 9

ESTE PERIODICO se Publica LOS DOMINGOS.

PRECIOS DE LA SUSCRICION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA

y 30 rs. fcos.

POR TRIMESTRES ADELANTADOS

EN EL INTERIOR

FRANCO DE PORTE.

LA REDACCION y Administracion RICLA, NUM. 38

A DONDE SE DIRIGIRAN TODAS LAS COMUNICACIONES y reclamaciones.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE EN LA ADMINISTRACION A DOS REALES FIJOS.

EL MORO MUZA.

Periódico Artístico y Literario,

CARICATURISTA: BAYACETO. DIRECTOR: J. M. VILLERGAS. CARICATURISTA: LANDALUZE.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Con el presente número se reparte la Cuarta lámina del **ALBUM DE LOS VOLUNTARIOS.**

AL PUBLICO.

La "Aurora del Yumurí," el "Boletin de Cárdenas" y otros periódicos anuncian La Propaganda de la Habana como punto de suscricion á JEREMIAS y EL MORO MUZA. No es verdad lo que dicen esos anuncios. JEREMIAS, (periódico de Madrid) no existe ya, y EL MORO MUZA nada tiene que ver con La Propaganda.

REACCION.

Palabra es esta que mete miedo en sus acepciones política y religiosa, por los recuerdos que despierta en la mente del que ha tenido larga historia y leido algo la vida. Me equivoqué, lectores. Queria decir: del que ha tenido larga vida y leido algo la historia.

Esto de escribir como á destajo, le pone á uno con frecuencia en la situacion de aquel personaje de Scribe que, deseando tener un coche verde tirado por caballos blancos, dijo que lo que deseaba tener era un coche blanco tirado por caballos verdes.

Sin embargo: bueno será advertir que M. Scribe no se equivocó, y si lo hizo fué voluntariamente, aunque nada tendria de particular que se hubiera equivocado mas de cuatro veces quien escribió tanto, que parece que vino al mundo predestinado á ser fecundísimo escritor, hasta en el hecho de llamarse Scribe.

Y de que ciertas reacciones son muy temibles, doy fé, yo que he conocido la reaccion frailesca de 1823, la anti-frailesca de 1834, la moderada de 1843 y otras muchas; pero, para que se me conceda mas crédito en la fé que doy, advierto que no soy escribano, y sobre todo, que la doy en papel legal, aunque comun, y no en el papel de falso sello que ha tenido la fortuna de descubrir el Sr. Intendente.

Es preciso, no obstante, distinguir las reacciones en que la pasion campea, de las reacciones en que la razon domina.

No ha mucho tiempo, v. gr., hubo en la Península una nueva reaccion liberal que, entre otras cosas, ha producido para el pueblo del Escorial, solo célebre ántes por su Monasterio, la ventaja de tener allí la Escuela de Montes.

Verdad es que, para algunos admiradores del pasado, por mucho que la Escuela de Montes dure en el Escorial, no llegará á tener una biblioteca tan rica como la que en aquel Real sitio formaron los frailes, que, en efecto, era una excelentísima señora Biblioteca. Pero ¿qué partido sacaron de ella los que la poseyeron durante doscientos años? ¡Ah! Es cierto, ahora caigo en que no fué del todo infructuosa la Biblioteca del Monasterio. No dieron sus poseedores en dos siglos ningun tratado de ciencias exactas, ni un solo libro ó folleto de las aplicaciones de dichas ciencias: no escribieron nada sobre ciencias morales y literatura: no ilustraron con sus conocimientos las artes liberales, ni aun las artes mecánicas en general: pero no sería tampoco justo decir que se olvidaron de todas las artes, pues publicaron un *Arte de Cocina*, que es la mejor obra en su género que se ha conocido en España. De suerte que los profesores y alumnos de la Escuela de Montes del Escorial, podrán escribir muchos y muy útiles libros: pero, aunque esos libros sean mas sustanciales que los viejos, no tratarán de materias tan *sustanciosas* como aquel que costó dos siglos de meditacion y estudio á los dueños de una de las mas preciosas Bibliotecas que se han conocido en Europa.

Resulta de lo dicho, y vuelvo á mi tema, que tanto cuanto tienen de temibles las reacciones de la pasion, lo tienen las de la razon de beneficiosas.

A este número pertenece la reaccion que se está verificando en Cuba, y es la reaccion del buen sentido entre los que han visto las orejas al lobo, como por otro estilo ha llegado á vérselas á dicha fiera el Sr. Sainz y Ferro.

Sabido es que este buen ciudadano, por haber oido decir que en el Convento de Santa Clara existia un tesoro, ha gastado un capital efectivo en buscar inútilmente el imaginario, y ya me figuro yo la reaccion que debe haberse operado en el ánimo del Señor Sainz y Ferro. Apuesto, á que si ahora se le hablase, digo mas, si ahora se le hiciese ver un verdadero tesoro de millones de onzas, no gastaba él ni una peseta para llegar á la posesion de ese tesoro.

Pues lo mismo que al Sr. Sainz y Ferro le ha pasado con el tesoro monetario, les está sucediendo á muchos individuos con el tesoro de la revolucion cubana, que juzgaban fácil y no expuesto á dolorosos sacrificios. En la mayor parte de ellos se observa esa especie de declinacion reaccionaria, en el mejor sentido de la expresion, que nuestros abuelitos formularon muy gráficamente, como se dice ahora, en el conocido proverbio: el gato escaldado del agua fria huye.

No se me oculta que hay espíritus recalcitrantes, aquí como en todo el mundo, y por tales debemos tener á los *quemados*, que así llamo yo á los que muestran tener quemada la sangre viendo á los *mambises* en mala situacion, aunque los que tanto se queman, creo que de buena gana trocarian el apodo de *quemados* por el de *quemadores*. Pero las excepciones no perjudican á la regla, y la regla en la actualidad es que muchos de los que pensaban llegar á ser felices gritando ¡viva Cuba libre! han de hacerse oir de los sordos diciendo á voces, de buena fé y con el mayor entusiasmo: ¡Viva Cuba Española!

Pero ¿qué importan dos docenas de mortales, mortales *in utroque*, porque lo son en su vida y en sus ódios, de esos que con épica trompa nos anunciaron una revolucion conducida luego á trompa y talega desde tierras lejanas? ¿Qué importan otras dos docenas de

© Biblioteca Nacional de España

mambises de esos que se presentaron pidiendo imposibles en son de una guerra que habian de hacer sin ton ni son, á no ser que tomemos por ton el puñal del asesino y por son la tea del incendiario?

Aun entre esos desdichados los hay que, si pudieran contar con el perdon de sus crímenes, vendrían presurosos á predicar el órden que les aseguró durante largo tiempo, con los bienes de la fortuna que gozaron, las caricias de los pátrios lares á que han renunciado *per secula seculorum*. Y efectivamente, *siglos* de *siglos*, si tanta longevidad gozasen, deberian llorar sus merecidas desgracias los que en *El Siglo* de la calle de Santa Clara mamaron la leche de la revolucion, y luego esperaron el apoyo moral de *La Voz del Siglo* de Madrid, dos *Siglos* de los cuales, el que mas, vino á tener la duracion de un lustro, lo que no impedirá que algunos mentecatos se jacten de haber sido felices *hasta la consumacion de los Siglos*.

Pero si hay desdichados á quienes de nada serviría ya el arrepentimiento, mayor es el número de los que no llegaron á comprometerse, y estos, que en lo que se les pintaba como *via recta* de la emancipacion han visto el *via crucis* de la poblacion cubana; que miran amenazada constantemente su fortuna por Cavada y otros guerrilleros de la insurreccion, que se han propuesto quemar todo ingenio extraño, no pudiendo aguzar el propio; que temen por la honra de sus mujeres y de sus hijos, sabiendo que los libertadores se llevan á la manigua todas las que encuentran, como se llevan cuanto hallan al paso, y es bien raro por cierto que se lleven consigo todas las cosas los que *nunca las llevan todas consigo;* que ven volver á los que solicitan indulto convertidos en tan devotos de San Blas cuanto ántes lo fueron de San Silvestre, pues todos regresan diciendo: «una y no mas, bendito San Blas;» que comprenden, por fin, que la política en esta tierra solo es útil para los que pasan la mitad del año con arte y engaño y la otra parte con engaño y arte, no solo desean ver restablecido en todos los rincones de la Isla el imperio de la ley, sino que han de trabajar en adelante con ahinco para que nadie vuelva á turbarla, siendo tan españoles de corazon como han llegado á serlo por propia conveniencia.

Hé aquí una reaccion lógica, una de las que yo he llamado reacciones del buen sentido, y que léjos de asustar á nadie, debe ser esperada y bendecida por todos, como suele serlo la del calor que sigue el frio glacial en los coléricos, porque los saca de las garras de la muerte.

El Moro Muza.

POSITIVISMO.

No ha mucho tiempo habia
en cierto pueblo un desgraciado loco,
á quien le dió la singular manía,
que nadie comprendió, ni yo tampoco,
de sentarse en el suelo
sin colocar en él cosa ninguna,
igual cuando el calor le sofocaba
que en la estacion mas fria,
y pasarse las noches
en contemplar estático la luna,
siéndole indiferente
que estuviera en menguante ó en creciente.
Aquel contínuo trasnochar dañoso
dió lástima á la gente
que llegó á comprender lo peligroso
de tomar el relente,
y mas en el invierno riguroso;
y decidieron ver si se podia
desvanecer al loco su manía,
que era, en honor de la verdad desnuda,
la única que tenia,
por ser en lo demás hombre de juicio,
capaz de resolver cualquiera duda
y de hacer por cualquiera un sacrificio.
Para tal curacion comisionaron
al médico del pueblo,
que aceptó muy gustoso la embajada,
y el cual en una noche que acordaron
ser la mejor, á causa de la helada,
para probar al loco su locura,
salióse de su casa diligente
en busca del demente,
á quien al fin halló meditabundo,
abismado en profundas reflexiones,
remontada la idea al otro mundo,
sin dar señal alguna
de existencia aparente,
con las miradas fijas en la luna
que ostentaba su faz resplandeciente.
El médico, que atento le miraba
notó que el loco hablaba,
y que despues, del corazon al lado
la mano se llevaba,
cual suele hacer un hombre enamorado.
—¿Qué es lo que haceis aquí con tanto frio?
le preguntó el doctor..... ó licenciado.
—¿Y qué os importa á vos, amigo mio?
le respondió el demente
tomando una actitud algo..... insolente.
—Sí me importa, repuso,
y guárdeme respeto.
—Pues bueno, dijo el loco, si es que calla
se lo diré en secreto.
Yo estoy enamorado de la luna!
—¿Y ella os quiere tambien?—Sin duda alguna.
—¿Y en casaros pensais?—Pues está claro,
voy con buen fin; aunque parezca raro.
—¿Y cómo, de tan léjos, es posible
en santo yugo unir vuestros dos seres?
—Me parece increible
que no sepais el modo. ¡Por poderes!
Estas necias razones y otras tales
dichas como las cosas mas formales,
convencieron al cabo
al médico, que atento las oia,
de que era punto ménos que imposible
quitar al loco la fatal manía.
Ibase ya á marchar, cuando de pronto
se le ocurrió otra idea,
y asi dijo al demente:—Amigo mio,
pensais que yo soy tonto
cuando quereis que crea,
teniendo en este pueblo
tanta muchacha hermosa
que seria con gusto vuestra esposa,
¿que vais á ser marido de la luna,
siendo tan jóven vos y ella tan vieja!
—¡Ay doctor, la razon me lo aconseja!
le respondió el demente;
sigamos el espíritu del siglo,
sigamos la corriente.
Yo no tengo fortuna,
y esa por quien padezco duelos hartos,
añadió señalándole á la luna,
cierto que es vieja, pero tiene *cuartos*.

Boabdil el chico.

CARTAS AL MORO MUZA.

I.

Muy *Señol* mio. Vamos á *convelsal* un rato. ¿*Pol qué* es V. tan enemigo de la revolucion, haciéndome *entendel* lo que no necesito *decil*? ¿Ha leido V. alguno de sus *números?* (1) Pues si lo *hubiela* usted llegado á *vel*, ya *estalía* convencido del *valol* de los que han echado mano del machete *pala conquistal* sus *delechos* al *suelosanto glito* de: ¡viva la *libeltad!* (2).

Usted podrá *escribil* mas que el rey *Baltasal;* (3) *pelo pol* mucho que *apale* su *disculso*, no *llegalá* á *plobal* que miente la revolucion cuando da en *refelil* los sucesos tales como suceden, (4) á *juzgal pol* mis noticias y le *advielto* á V. que si eso le *dielte*, yo no lo *encuentlo* tan *diveltido*. Con que *agul*, (5) y vea la revolucion *pala* que no vuelva á *poncl* en duda las *ploesas* de los que manejan el machete. Suyo *Aguelo*. (6).

(1) ¡Miren por dónde se apea! Yo creia que hablaba de la revolucion y habla de un periódico. Ya se vé: como emplea iniciales minúsculas, que son las que se usan cuando se habla de cualquiera revolucion, y que con mas razon se deberian emplear en la mas minúscula de todas las revoluciones, mi error tiene buena disculpa.

(2) Efectivamente, lo que en otras partes es grito, en Yara salió *glito*.

(3) No tengo noticias de ese literato. Si se habla del de la Cena, conste que no escribió, sino que le escribieron á él aquellas palabras *Mane Thecel Phares* que tambien ha visto ya Céspedes, causándole una indigestion horrorosa.

(4) Suceder sucesos es locucion que el autor debe haber sacado de las antiguas conferencias del Liceo de la Habana.

II.

Señor *Moro Muza:*

Muy Sr. mio de mi distinguido aprecio: Por lo que pueda convenir, voy á commicar á V. una noticia de la mayor importancia, y es que nuestros enemigos piensan variar completamente de plan, hartos de ver los malos resultados del que han seguido hasta el dia.

Empezaron por esconderse en la manigua siempre que veian á nuestros soldados, y ahora, *por variar*, están decididos, no á esconderse, sino á ocultarse.

Deshonraron á las mujeres, que de grado ó por fuerza les siguieron, y esto les ha dado tal fama de malvados, que ahora, *por variar*, piensan vilipendiarlas.

Ahorcaron ó descuartizaron á los hombres inermes que encontraban, y ahora, como parece que el nombre de asesinos que se les dá les va disgustando, cuando álguien cae en sus manos, *por variar*, le hacen tajadas ó le cuelgan.

Dieron en quemar los Ingenios de sus enemigos, y esto les valió el anatema del mundo civilizado de tal modo, que ahora, *por variar*, incendian tambien los de sus simpatizadores.

En fin, señor Moro, los *mambises*, que nunca hicieron frente á nuestros soldados y voluntarios, piensan ahora, *por variar*, volverles la espalda, y si antes tomaban las de Villadiego despues de hacer alguna descarga desde la manigua, en adelante, *por variar*, pondrán piés en polvorosa, ó lo que es lo mismo, correrán como alma que lleva el diablo.

Excusado es decir que, no diferenciándose mucho el nuevo plan del primitivo, los *mambises*, que desde que dieron el berrido de Yara cada vez han ido á menos, irán, *por variar*, en lo sucesivo de mal en peor, tanto que dentro de poco solo quedará de ellos la triste memoria de las iniquidades que han cometido.

Sin mas, tiene el gusto de saludar á V. su afectísimo S. S. Q. B. S. M.

Abenamet.

(5) Agur, amigo, y buen viaje..... á Liberia.

(6) Este Aguelo, sin duda quiere ser Agüero y le faltó poco para ser Abuelo; de modo que ha estado en un tris el no salir yo nieto de un manzámpulas. (Notas del *Moro Muza.*)

DEBAJO DE LA CAMA.

NOVELA ORIGINAL DE BOABDIL EL CHICO.

CAPITULO IX.

UNA SOLUCION INESPERADA.

D. Frutos, cuando despidió á su desesperado amigo, volvió al gabinete, en el cual entraron tambien Concepcion y Felisa.

—¿Se ha convencido? Preguntó esta.

—Completamente, dijo D. Frutos; está convencido de que Vd. le ha faltado.

—¡Ah!

—Y mañana la envia á Vd. con su familia.

—¡Dios mio! ¡Qué vergüenza!

—Señora, haberlo pensado antes.

—¡Cómo!

—Quiero decir que..... es doloroso, efectivamente, añadió D. Frutos, que no podia menos de expresar sus verdaderos sentimientos.

Y para él, en vista de aquellas cartas, Felisa era culpable.

Esta no cesaba de llorar, y Concepcion

© Biblioteca Nacional de España

lloraba con ella, desahogando así la opresion que sentía por el compromiso en que Gustavo la habia colocado.

Así pasó una hora. Lloraban las dos mujeres, Gustavo temblaba, y D. Frutos se convencia mas y mas de la culpabilidad de Felisa.

Gustavo, cuando despues de coger el sombrero de D. Juan volvió á colocarse en la postura que antes tenia, sintió dolores atroces, producidos por el cansancio y la dureza del suelo.

—Me parece oportuno que te acuestes, Frutos, dijo Concepcion, que ansiaba el momento de que su marido se durmiese para hacer salir de allí á Gustavo.

—Bueno, me acostaré, pero Vd., Felisa, debe acostarse tambien y descansar. Si, en efecto, Vd. es inocente, el tiempo lo aclara todo y quedará Vd. en el lugar que le corresponda.

—Sí, Felisa, dijo Concepcion, te acostarás y procura dormir.

—¡Imposible!

—Al menos descansarás.

—Eso es, ¡descansará Vd!

—Pero, Dios mio, ¿qué he hecho yo para ser tan desgraciada? Exclamó en uno de esos momentos en que hacia dudar á D. Frutos.

—Consuélese V., dijo este, todo al fin se descubre y Juan descubrirá indudablemente el misterio de esas malas apariencias que condenan á Vd.

Por fin convencieron á Felisa y se decidió á echarse en una cama que le improvisaron en la habitacion donde habia permanecido mientras estuvo su marido en el gabinete.

Cada vez que salia de este Concepcion, se apoderaba de ella el terror si quedaba allí D. Frutos, pues temia que cualquier casualidad le hiciese descubrir á Gustavo.

Ya se habia acostado Felisa y habia vuelto á desnudarse D. Frutos.

Concepcion se disponia de nuevo á apagar la luz para que, aprovechando la oscuridad, saliese Tenorio del escondrijo, y conseguir no desnudarse delante de él, cuando tres golpes dados á la puerta de la calle con violencia, seguidos de otros tres, despues de un corto intervalo y de otros tres luego, hicieron comprender á los esposos que D. Juan era quien llamaba.

Volvió á repetirse la escena anterior.

La criada, medio desnuda, tapándose como podia para no enfriarse, salió al balcon á preguntar quién llamaba.

En efecto, era D. Juan.

—¡Vive Dios! Exclamó D. Frutos al saberlo. Está visto que hoy no podemos dormir. Y todo por esa mujer que, á mi juicio, es culpable y muy culpable.

—¿Lo crées de veras? Preguntó Concepcion.

—¡Pues no he de creerlo!

—Las apariencias engañan muchas veces, Frutos.

—Eso le digo yo á su marido, pero otra me queda.

En este momento D. Juan, que habia subido con mas ligereza aun que la vez anterior, entró en el gabinete con el sombrero en la coronilla.

A Gustavo no le llegaba la camisa al cuerpo, y maldecia sus galanteos á mujeres casadas y sentía tales dolores en todo el cuerpo que no podia parar.

—¡Frutos! ¡Frutos! ¿Dónde está mi mujer? Exclamaba D. Juan. ¡Yo quiero verla! ¡Yo quiero pedirla perdon! ¡Yo soy un infame al dudar de ella!

—¡Cómo!

—¡Qué!

—¡Cómo! Exclamó tambien Gustavo, al cual no oyeron los otros afortunadamente.

—¡Soy el hombre mas feliz de la tierra! Decia D. Juan y abrazaba á Concepcion y á D. Frutos, que habia saltado en camisa de la cama, y creo que hasta habria abrazado á Tenorio si hubiese sabido que estaba allí.

Felisa entró en el gabinete y D. Juan estuvo á punto de comérsela á besos.

Y Gustavo, Concepcion, Felisa y D. Frutos no sabian darse cuenta de aquellos trasportes de alegría que D. Juan expresaba de un modo tan inequívoco.

Cuando se hubo cansado de decir que era el hombre mas dichoso de la tierra, satisfizo la curiosidad de todos diciendo que su criada, temerosa de ir á la Cárcel, habia confesado la verdad.

Y la verdad ya la saben nuestros lectores, y excusamos por consiguiente repetirla.

—¡Ay, Frutos!, exclamó D. Juan, ¡tú eres celoso como yo; tú, como yo, aunque lo niegues, tenias la conviccion de que Felisa me habia engañado. ¿No es cierto?

—Hombre, yo.....

—Sí, no lo niegues. Tú, como yo, te fias demasiado de las apariencias y das inútilmente malos ratos á tu esposa con celos, infundados seguramente. Aprende, aprende en este caso y confia en ella, aunque las apariencias la condenen alguna vez.

Y despues de decir esto abrazaba á Felisa, y comprendiendo que el final de aquella escena debia tener lugar en su propia casa, se despidió del matrimonio con la cara radiante de alegría.

Gustavo estaba conmovido.

—Tengo que hacerte una pregunta, Juan, dijo D. Frutos.

Y sacando á su amigo á la sala, le habló así:

—Yo no dudo del corazon de mi esposa: comprendo que no me faltará. Pero contéstame francamente: no queriendo la mujer á su marido, ¿no es fácil, muy fácil, que se le ocurra querer á otro?

—Indudablemente. Mas ¿por qué me preguntas eso? ¿No te quiere Concepcion?

—¡Ay, Juan! ¿Es posible que quiera una mujer hermosa á un hombre que tiene estas narices?

D. Juan no contestó. Echó la mano al bolsillo de su gaban, y sacando una tarjeta fotográfica, se la enseñó á D. Frutos.

Era el retrato de dos personas. De una mujer hermosisima y de un hombre, al lado del cual, D. Frutos era hasta arrebatador.

—¿Qué es esto? Preguntó D. Frutos.

—Hoy lo he recibido por el correo, dijo D. Juan. Es el retrato de un primo mio y de su mujer. Ella, ya ves si es hermosa; él creo que es aun mas feo de lo aquí aparece. Diez años hace que se casaron, y esa mujer está tan enamorada de su marido, que no hay para ella hombre mas hermoso sobre la tierra.

—¿De veras?

—¡Pues es claro! El cariño lo embellece todo, y cuando una mujer hermosa quiere á un hombre feo, bien puede este vivir seguro de que aquel amor es el mas firme.

—¡Ah! Exclamó D. Frutos, esos retratos me han hecho afortunado; han devuelto á mi cuerpo la calma.

—Mucho me alegro, dijo D. Juan. Y vuelvo á repetirte que no olvides lo que hoy has visto: las apariencias condenan muchas veces al inocente y los celosos no vemos mas que las apariencias.

Volvieron á entrar en el gabinete. D. Juan ofreció el brazo á su esposa, despues de darla otro abrazo.

—¿Y has sabido, preguntó D. Frutos, quién es el autor de esas dichosas cartas?

—Sí, me lo ha dicho la criada, que, por lo visto, le ha explotado bien. Se llama Gustavo Tenorio.

Concepcion tuvo que ahogar un grito.

—Es uno de esos pollos necios que llevan en el pecado la penitencia.

—No lo sabes tú bien, dijo Gustavo.

—Pero me siento tan feliz, continuó don Juan, que le perdono.

Gustavo sintió impulsos de presentarse, pero le contuvo el temor de producir un escándalo.

Felisa y D. Juan salieron, y D. Frutos, despues de contemplar un momento á Concepcion, la abrazó con toda su fuerza.

—¡Si vieras qué feliz soy! Exclamó.

—¿Por qué?

—Perdóname, ángel mio, dijo D. Frutos, pero habia dudado de tí hasta este instante.

—¿Qué dices?

—No creí que pudieras quererme.

—Pero ¿por qué?

—Ya estoy convencido de que me amas. Deja que calle la causa que tenia para temer lo contrario.

Y ahora que estamos tranquilos acostémonos.

Gustavo comprendió todo lo que iba á pasar.

D. Frutos se desnudó por tercera vez, bien es verdad que esta no tuvo mas que quitarse los pantalones, única prenda que se habia puesto.

Concepcion, que habia dicho á la criada que estuviese dispuesta á poner en la escalera á Gustavo así que lograse hacerle salir de debajo de la cama, antes de desnudarse fué á apagar la luz como ya dos veces habia pasado.

Pero estaba de Dios que aquella noche no habia de dormir D. Frutos.

De repente oyeron fuertes campanillazos en toda la casa y varias voces que gritaban: ¡fuego! ¡fuego!

Gustavo, al oir esto, tuvo ya fuera la cabeza para salir del escondite, pero volvió á meterla temiendo un conflicto.

Concepcion, asustada, salió al balcon. Don Frutos se lanzó en camisa de la cama y salió al balcon tambien.

Un humo espeso salía por los balcones del cuarto bajo de la casa inmediata.

—¡No te asustes! Exclamó D. Frutos.

—¡Señor! ¡Señora! ¡fuego! ¡fuego! gritó la criada entrando despavorida.

—No aturdirse, gritaba D. Frutos que estaba mas aturdido que nadie, y no encontraba los pantalones, ni el gaban, ni nada.

La calle, á pesar de lo avanzado de la hora, empezaba á llenarse de gente, y los serenos hacian sonar sus pitos, y á los pocos momentos las campanas de la iglesia inmediata tocaban á vuelo y llegó gente armada y las bombas de incendios.

El fuego tomaba grandes proporciones.

Los bomberos subieron á casa de D. Frutos é indicaron la conveniencia de que saliese de ella cuanto antes.

Gustavo no sabia qué hacer. Sentía calor junto á sí, se figuraba que las llamas íban á envolverle, y sin embargo, no salia de debajo de la cama, pero no salia porque no tenia fuerzas para salir, porque estaba aniquilado, exánime, porque hacia siete horas que se encontraba allí, y aquellas siete horas habian sido siete siglos!

Y desde allí oia el ruido creciente de la calle, producido por la oleada de gente que acudia á ver el incendio.

Concepcion y D. Frutos salieron de la casa, llevándose el dinero y las alhajas.

Apenas hubieron salido, cuando entraron en ella, estando ya llena de humo, gentes que empezaron á bajar los muebles por los balcones.

¡Gustavo habia perdido el conocimiento!

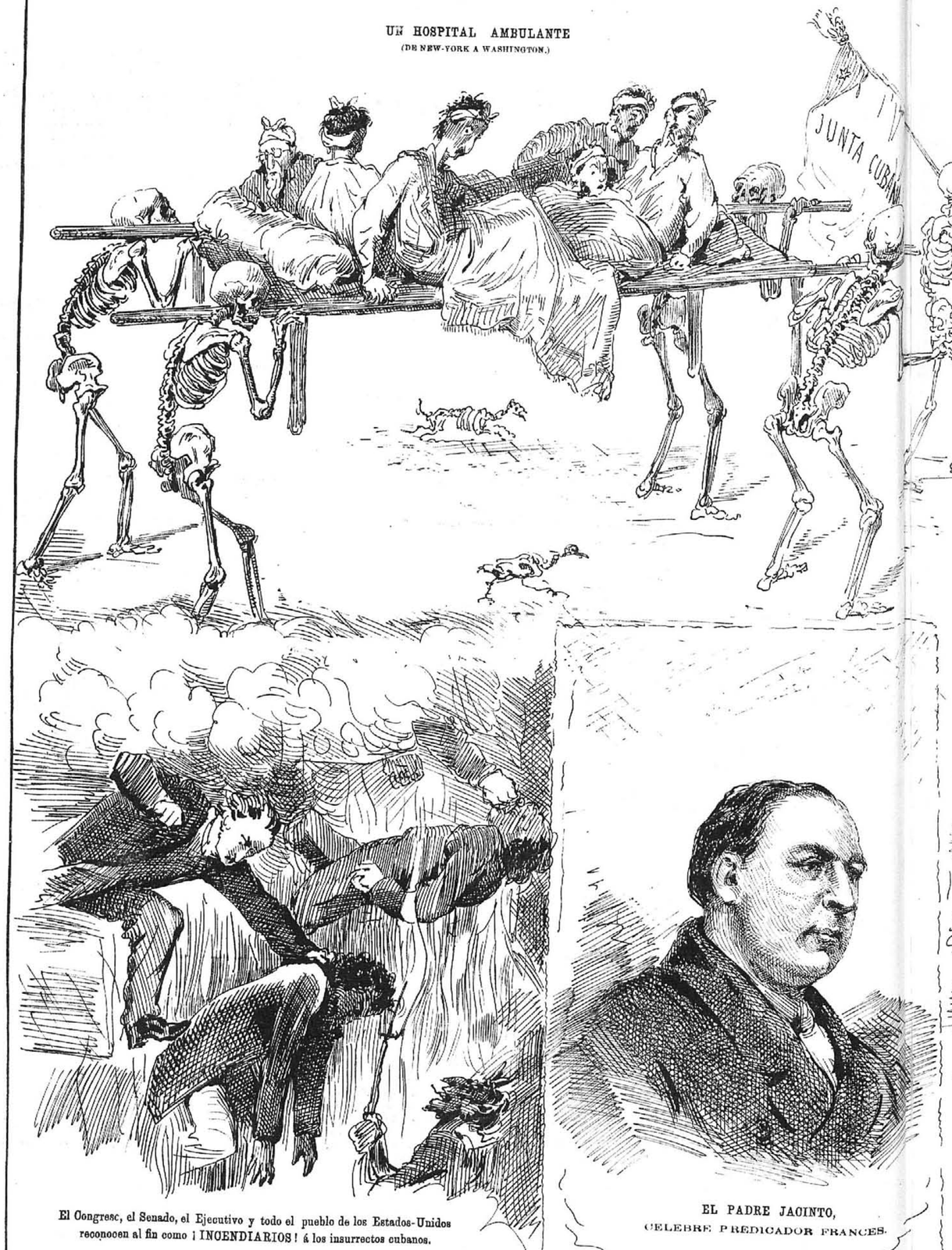
.....

(Concluirá.)

© Biblioteca Nacional de España

UN HOSPITAL AMBULANTE

(DE NEW-YORK A WASHINGTON.)



El Congreso, el Senado, el Ejecutivo y todo el pueblo de los Estados-Unidos reconocen al fin como ¡ INCENDIARIOS ! á los insurrectos cubanos.

EL CONTRALOR DEL HOSPITAL Y EL GENERAL BUTLER.

El Contralor.—Mi general, he oido decir que V. es aficionado á cucharas y que está dispuesto á favorecer nuestra causa; partiendo de este principio económico-político, tengo el honor de ofrecer á V. una cuchara de plata cristofle y 50 pesos en bonos de Aldama.

El General.—Agradezco la alusion, y aprecio en todo lo que vale su fino obsequio. Puede V. contar con mi débil voz cuando la causa de los incendiarios de Cuba llegue al Senado.

EL PADRE JACINTO,

CELEBRE PREDICADOR FRANCES.

DESEMBARCA EN CADIZ.

© Biblioteca Nacional de España

OTRO QUE BIEN BAILA.

—¿Qué es eso, Ibrahim Zaragate? ¿Qué papeles son esos que me traes, ó qué me traes en esos papeles?

—Traigo, señor Moro, una danza nueva, para dedicársela al que acaba de entrar en la otra danza.

—¡Una danza para el que ha entrado en la otra danza! Ibrahim, advierte que no estoy para perder el tiempo en acertijos. ¿Qué danzas y qué contradanzas son esas de que vienes hablando con tanto misterio?

—Señor Moro, ¿no publicó V. dias pasados una *danza* para que la bailasen *los griegos cubanos*, Fésser y Rodriguez? Pues otra he compuesto yo para que la baile D. Miguel Aldama, (á) el presidente.

—El *dias* sobra, Zaragate, porque ese señor Aldama que antes del rebullicio de Yara se nombraba *el presidente*, y aun se daba aires de tal, creyendo serlo, porque lo habia soñado y porque sus aduladores le colgaban ese título, tuvo que ceder el puesto á Céspedes, á quien él quizá no hubiera pensado en conceder la secretaría de un gobierno político de segunda clase.

—Es verdad, señor Moro, la presidencia de la imaginaria república, que tanto ambicionaba D. Miguel, fué para Céspedes, que quizá no habia pensado en semejante cosa; pero de todas maneras, D. Miguel se salió con la suya de llegar á ser presidente, pues ya que no lo sea de la república en la manigua, lo ha llegado á ser de la Junta Cubana en Nueva-York, y tan presidente es el uno como el otro, y aun dudo yo que la presidencia de la manigua valga mas que la de la citada Junta.

—Estamos conformes en ese punto, Ibrahim, las dos presidencias valen tan poco, que el que diese un medio sencillo por cualquiera de ellas, saldria perdiendo.

—Pues no estamos conformes, señor Moro, porque si las cosas se han de valuar por lo que cuestan, la presidencia de Céspedes debe tener una importancia negativa, puesto que *él* ha llegado á *ella* por sus deudas y sus trampas; pero D. Miguelito ha comprado su presidencia de la Junta Cubana de Nueva-York, dando primeramente doscientos mil pesos para lo del *Hornet*, y aprontando despues otros doscientos mil para comprar periódicos americanos que hagan la guerra á España; de modo que lo menos que debe valer la presidencia de D. Miguelito es la respetable suma de cuatrocientos mil pesos.

—Pues no lo creas, Ibrahim. A pesar de lo que ha costado esa presidencia, no vale mas ni menos que la otra, y así debe ser, no valiendo Céspedes con sus trampas y deudas un ardite menos ni mas que Aldama con su fortuna. Lo que yo deduzco de todo eso es que se conoce que Aldama no ha ganado con el sudor de su frente el capital que está despilfarrando, porque á haberlo ganado él, no lo malgastaria néciamente. Otra cosa deberian sacar de esa leccion los buenos españoles que tengan hijos mal inclinados, y es la conveniencia de desheredarlos con tiempo, dando á la nacion sus capitales ó empleándolos en obras de beneficencia, para que esos capitales no se destinen á hacer la guerra mas tarde á la nacion española pór hombres tan ingratos y traidores y extravagantes como ese señor Aldama. Yo te aseguro que si me viese tan favorecido por la fortuna como lo han sido mas de cuatro, y tuviese hijos que no diesen pruebas de ser acérrimos españoles, tomaria mis medidas con tiempo para que no utilizasen esa fortuna los enemigos de mi patria.

—Pero eso que V. propone de desheredar á los hijos es contra la naturaleza.

—No, Ibrahim, la legislacion de todos los paises, reconociendo siempre por base el derecho natural, ha previsto muchos casos en que un padre puede y debe desheredar, no simplemente á los hijos, sino á los malos hijos, y bien malos hijos son los hombres que llegan á renegar de su sangre. ¿Obran de un modo muy conforme á las leyes de la naturaleza los que tan infamemente se portan con sus padres? Pero, veamos qué *danza* es esa de que vienes hablando.

—Pues bien, señor Moro, ya sabemos que D. Miguelito, quizá envidioso de haber visto lucirse á Rodriguez y Fésser, ha entrado en la *danza filibustera* de un modo ostensible, sin duda para darnos el derecho de decir: *Otro que bien baila*, y á la verdad, eso de ponerse á danzar públicamente un hombre que aspiró á tener el tratamiento de Excelencia, queriendo ser presidente de una república oligárquica, no alcanzo á comprenderlo.

—Perdona, Ibrahim; tambien el abad de San Cugat, aquel abad que anduvo en dimes y diretes con nuestro difunto camarada *Fray Gerundio*, tenia dicho tratamiento, y con él y con su sotana se atrevió á bailar un fandango en medio de la plaza, lo cual le puso muy en ridículo, aunque lo que mas en ridículo puso al buen abad fué escribir una carta en detestable prosa contra el periodista que le habia criticado. De manera que el bailoteo que tanto te choca no carece de precedentes.

—Pues, sí, me choca, señor Moro, y me escandaliza mas, porque D. Miguelito, no contento con bailar él en el jaleo revolucionario, ha metido en la danza tambien á varios periodistas de Nueva York, si bien dichos periodistas son tan dados al baile, que al son que les tocan bailan, con tal que ese *son* sea metálicamente *sonante*.

—Por lo mismo, Ibrahim, esos periodistas tienen tan poca autoridad en muchos casos, que tanto importa que digan haches como que digan erres, siendo sabido que, con tal que se les pague bien, dirán haches cuando debian decir erres, y dirán erres cuando están mas convencidos de que debian decir haches. Si nosotros quisiéramos comprarlos, dándoles mas de lo que Aldama les haya dado, mañana dirian lo contrario de lo que hoy esten diciendo. Mejor será dejarlos, que en cuanto Aldama se canse de malgastar su dinero, ó este se le concluya, lo que sucederá pronto, volverán los periódicos, que hoy hablan bien de los cubanos laborantes, á tratarlos como les trataban no ha muchos dias. Veamos ahora la danza que has compuesto y si esa danza es verdaderamente bailable.

—Está en endecasílabos, señor Moro.

—Mal metro has elegido, Ibrahim; por lo regular los versos endecasílabos no son cantables, y de consiguiente, tampoco son bailables.

—¿Qué dice V., señor Moro? Pues precisamente los que escriben esos versos son los que suelen siempre comenzar diciendo: «canto esto,» «canto lo otro,» «canto lo de mas allá.»

—Eso viene, Ibrahim, de haber empezado el grande Homero su poema inmortal diciendo que cantaba la guerra de Troya y la cólera de Aquiles, lo que no carecia de verdad, porque el griego antiguo era lengua tan armoniosa, y su armonia era tanto mayor en la poesia épica, que se cantaba realmente al recitar esa poesia. Pero ni todos los imitadores del autor de la *Iliada* tienen razon para decir que cantan, por sonoro que sea el idioma en que escriban, ni el arte musical, que tan felizmente se suele aplicar á varios metros, sabe qué hacer de la mayor parte de los endecasílabos, por cuya razon, solo se consideran estos cantables por nuestros músicos, cuando tienen sus acentos fundamentales en las sílabas 4ª y 8ª, que es donde siempre las ponen los franceses.

—Pues yo, señor Moro, no me ando con chiquitas y en los endecasílabos de mi danza pongo varios acentos, como vá V. á verlo.

Señor Aldama, tenga usted mas cordura
Porque si acaba de gastar su dinero,
Tendrá usted que poner, es cosa segura.
Aquello que usted sabe por candelero.

—¡Válgame Dios, Ibrahim, qué versos tan atroces has ido á componer para ponerlos en música de pronto! Ni hay uno que no tenga una sílaba demás, ni existe la cesura, ni nada de lo que el arte ordena, mas que los consonantes.

—Pero, señor Moro, ¿no sabe usted que los endecasílabos, que antes eran versos de once sílabas, pueden ahora tener diez ó doce, y que tampoco es preciso ya observar la regla de los acentos?

—¿Quién ha dicho tal disparate?

—Yo no digo que otros lo digan, pero si que lo hacen, y si no, vea V.; aquí traigo un periódico donde acaba de publicarse una composicion contra Céspedes, en la cual hay estos versos:

«Tu Céspedes, con la tea entusiasmado.»
.....
«El rincon que buscas y el cordel que huyes.»
.....
«Darte, Céspedes, querias un destino.»
.....
«Este por *jamás* y aquel por su tontera.»
.....
«Acabé, ilusorio presidente.»

—Pues mira, Ibrahim, á mí no me hace gracia lo que es malo; pero, sobre todo, lo que menos me gusta es lo que puede agradar á Céspedes y á Aldama, y estoy seguro de que Céspedes se alegrará de que uno de los que con razon le combaten le haya dedicado tan malos versos, como se alegraria Aldama de ver los tuyos en que, tratando de ridiculizarle, serias tú el ridiculizado. Nunca debemos ser tan fieles observadores de las reglas del

© Biblioteca Nacional de España

arte como cuando escribimos contra hombres de la calaña de Aldama y Céspedes, porque al llevar esos hombres el vapuleo merecido, es preciso no darles la mas leve ocasion de burlarse de nuestros escritos, ya que estén obligados á respetar nuestra conducta. ¿Quién sabe? Hasta se podria temer que alguien creyese que hacias malos versos á posta, para dar á nuestros enemigos los mambises y laborantes el derecho de criticarlos.

—De modo que mis versos y los que habia tomado por modelos, son tan malos como la prosa del abad de San Cugat, de quien habló usted antes?

—Sin duda, Zaragate, y repito que el buen abad quedó mas en berlina por haber hecho aquella prosa que por haber bailado el fandango con su traje de sacerdote. No escribas tú versos como la prosa del mencionado abad, si no quieres que se rian de tu ignorancia, ó haz buenos versos contra ese danzante de la manigua que se llama Céspedes, y contra *el otro que bien baila* en la Junta laborantesca, cuya presidencia le ha costado á su padre muchísimos sudores, bien entendido que, si así lo haces, Dios te lo premie, y si no, te lo demande.

El Moro Muza.

GRACIAS, AMADO PUEBLO.

Desde que Da Isabel de Borbon cayó del trono, son innumerables los candidatos que han ido presentándose para ocuparlo, unos por propia iniciativa y otros por la de los diferentes partidos que piensan en la reconstruccion monárquica.

Primero se nombró al Sr. duque de Montpensier por unos, al rey viudo de Portugal por otros y al general Espartero por los restantes hombres de la coalicion que triunfó en Alcolea, mientras los moderados sinceramente constitucionales querian al príncipe Alfonso, aceptando las *reformas que el tiempo* hacia indispensables, y los absolutistas aclamaban á Cárlos de Borbon con el sistema político que este príncipe simboliza.

Todos estos candidatos, puedo decirlo desde que, renunciando á la vida política para no preocuparme mas que del bien de la patria, adquirí la rara facultad de hablar desapasionadamente, todos estos candidatos, digo, tenian algo sobre qué fundar sus pretensiones. El duque de Montpensier, á quien se ha ridiculizado por su carácter económico, cual si en un príncipe no fuera mas recomendable la economía que la prodigalidad, habia vivido largo tiempo en España, siendo un tipo digno de ofrecerse á la consideracion de los que aspiran á ser buenos padres y buenos esposos; estaba casado con una princesa española, tiene hijos españoles y muchos amigos en toda la nacion; habia, en fin, sido vejado por la reaccion y trabajado por la revolucion. ¿Qué extraño era, pues, que hubiese quien quisiera darle la vacante corona? El rey viudo de Portugal representaba la idea de la union ibérica, y esto bastaba para hacer la apología de los que en él pensaron mientras no vieron la imposibilidad de realizar su pensamiento. El general Espartero.. ....no hay mas que nombrarle para hacer su recomendacion y comprender que no era descabellado el plan de los que aspiraban á tenerle por Jefe del Estado. El príncipe Alfonso, jóven español castigado por las faltas de su madre, no puede merecer el ódio de ningun grupo político, y como último vástago de una dinastía secular, á cuya sombra se han creado casi indestructibles intereses, siempre me pareció, y sigo en mi tema, que de restablecerse el trono derribado en Setiembre, seria él, á la corta ó á la larga, el candidato de mas probabilidades de triunfo. En cuanto á D. Cárlos, ha pasado su tiempo; pero no han muerto las ilusiones de sus numerosos amigos, y su presentacion fué tan lógica, que todo el mundo la esperaba.

Despues, cuando se supo la negativa del rey viudo de Portugal, los partidarios de este fueron por Europa buscando su reemplazo, y hablaron del Duque de Aorta, del duque de Génova, del príncipe Napoleon, de un Signaringhen y de otros mil que, en mi concepto, no tenian razon de ser candidatos para el trono de España, y aun no he logrado yo explicarme por qué se pensaba en ellos, que nada podian llevar á nuestro pais como sustitutos de D. Fernando, el cual, siquiera fuese en lontananza, dejaba ver un vislumbre de engrandecimiento nacional con la idea mas ó menos realizable de la union ibérica. Por eso no he dado, ni puedo dar importancia ninguna á esas candidaturas que nada representan, y cuyo triunfo, en la hipótesis de que *se obtenga, no haria mas que sacarnos de una* interinidad para meternos en otra.

Pero siempre los mismos príncipes, cuyas candidaturas me parecen políticamente inexplicables, tienen en favor suyo la circunstancia de ser príncipes, lo que les dá el viso respetable de la tradicion, mientras que, al lado de esas candidaturas y de aquellas que me han parecido razonables, se han presentado algunas, de las que nunca faltan en los tiempos de revuelta para lo que llaman los latinos *miscere jocis seria*, esto es, para mezclar lo festivo con lo grave ó con la formalidad la extravagancia.

Primero, y aquí entran los aspirantes de iniciativa propia, se dió á luz un pobre loco, que tomó el nombre de Pablo I, y estaba convencidísimo de que el cetro español le *pertenecia, si bien era tan llano el infeliz, que* no aceptaba el tratamiento de Magestad con que le favorecian los guasones.

Luego entró en turno otro loco, que tomó el nombre de Pedro II, y este ni siquiera tuvo la suerte de caer en gracia como Pablo I, á quien ya voy perdonando el solo de tres horas que me dió cierto dia, explicándome su plan gubernativo, muy liberal por cierto, aunque tenia el defecto de la sobrada energía, porque el buen Pablo queria entender en todos los asuntos, siendo *juez universal*, y pensaba administrar justicia seca, no con el cetro, sino con un buen garrote en la mano, para romper la cabeza á todo el que hubiera delinquido ó pleitease sin fundamento.

Desde Chile escribió otro loco al Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros, diciendo *que él descendia* de una casa ilustre, á la cual correspondia la corona de España, y la reclamaba con tal tono, que á la legua se veia que era capaz de tomarla si se la hubiesen dado.

Mas, ¡ay, caros lectores! Lo que menos entraba en mis cálculos era que fuese yo á figurar entre los candidatos al trono, ni aun en el género de los últimamente mencionados, y sin embargo, ahí me teneis formando en el pelotón de los aspirantes á la breva, en compañía de Pablo I, de Pedro II y del habitante de Chile.

¿Habré yo perdido la cabeza? No por cierto. Lo que hay es que, segun lo que me escriben de Madrid, en un pueblo de Andalucía fué tal el empacho democrático producido por los disparates de Paul y Salvochea, que la gente, queriendo salir cuanto antes de la situacion transitoria que amaga á sus intereses, empezó á gritar: ¡Venga un rey cuanto antes, aunque sea ese rey el *Moro Muza!*

¡Demonio! exclamé al recibir tan extraña noticia, pues no sabia yo que mi popularidad habia llegado al extremo de haber quien me tuviese por un insigne..... mentecato, y como no me siento con fuerzas para sostener el peso de la corona, lo primero que se me ocurrió fué dar un manifiesto encabezado con estas palabras; «¡Gracias, amado pueblo!»

Pero luego, pensándolo mejor, y convenciéndome de que ni de mi existencia se tendrán noticias en la pequeña poblacion donde se dió el grito indicado, caí en lo que queria decir ese grito, y es: ¡venga un rey, sea el que fuere, por malo que sea, con tal que venga pronto!

Tal es el resultado natural de la conducta que han observado últimamente los representantes de la democracia pura en España, como los insultos que los socialistas han prodigado hace poco tiempo en Paris á Julio Favre, á Pelletan, á Julio Simon y otros hombres ilustres acabarán por cargar á los que de tan buena fé quisieran ver la república en Francia, y como las barbaridades de los *laborantes y mambises* de aquende, harán que muchos de los que *fueron sinceramente* reformistas se asusten de la palabra *reformas*.

En cuanto á mí, ni quito rey ni lo pongo, ni lo pido ni lo rechazo. Haya órden y patriotismo para mantener la honra nacional con todo lo que corresponde á un pueblo ilustrado, y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

El Moro Muza.

EL MACHETE MAMBI.

Cualquiera que leyese
Un papel de la chusma laborante,
Y por bueno tuviese
Lo que un papel dijese,
Tan (en mentir) espléndido y constante; (1)
De fijo pensaria
Que era el *mambí muy digno de renombre*,
Y hasta le llamaría
Hombre de sangre fria,
Por ignorar que ni siquiera es hombre.
¡Con qué brutal descaro
Los de la turba-multa viperina,
Dando al *mambí* su amparo,
Hablan de este ente raro,
Engendro ruin de buitre y de gallina!
¡Cuál *su valor* ponderan,
(El valor de correr, valor chocante)
Sus *triunfos* enumeran,
Y su fuerza exajeran
Con audacia sin par los laborantes!
«Sobre todo, señores,
¡*El machete! ¡El machete!*» dicen ellos,
«Con él hacen primores
Nuestros *batalladores*,
Cortando, sin piedad, brazos y cuellos.»
Y otórgolo con gusto,
Porque el *machete* en *calasimba mano*,
Reconocerlo es justo,
Ha llegado á dar susto.....
Al tierno niño y al inerme anciano.
Jordan el mata-siete,
Quesada, y otros cien, cual Figueredo
Dignos de un buen grillete,
Con el *mambí* machete,
A las pobres mujeres meten miedo.
Mas do fuerte rugido
El leon español suelta gallardo,
A luchar decidido,
El *machete aludido*,
Menos es que la espada de Bernardo.

(1) *Como La Revolucion, por ejemplo, en que se habla* del machete *mambí* cual si estefuese mas ofensivo que un palo de escoba.

© Biblioteca Nacional de España

Es chisme de que presto
El mismo que lo esgrime se despoja.
Es un mueble molesto
Que el *mambí*, por supuesto,
Para correr mejor, al suelo arroja.
¿Y hay seres testarudos
A quienes chisme tal agrade ó pete?
Bien merecen, por rudos,
Machetazos muy crudos
Los *machotes* que ensalcen tal *machete*.

EL MORO TARFE.

MISCELANEA.

Varias bodas se han verificado en la manigua, sirviendo de sa-cerdote D. Cárlos Manuel, que es el pontífice de los bandoleros. Uno de estos se casó por quinta vez la semana pasada con la décima mujer de otro, y las demás bodas son por el estilo.

Pero el terrible Quesada
A quien una novia amable,
Viéndose de él pretendida
Contestó, con un desaire:
Mató á los recien casados
Y á cuantos quieren casarse,
Solo por probar al mundo
Que él *no se casa con nadie*.

—=—

Refranes en boga.—Dícese que cada uno de los jefes manigüeros ha tomado su adagio favorito. Céspedes no deja de decir en todo el dia: «mas vale ser cabeza de raton que cola de leon.» Quesada repite: «A rio revuelto, ganancia de pescadores.» Cavada suele decir: «Quien bien te quiere, te hará llorar.» Figueredo exclama: «¡Fíate en la virgen y no corras!» Tuñon, Calleja y Villamil añaden: «Quien entre lobos anda, á ahullar se enseña.» Jordan grita: «¡Si de esta salgo y no muero, no mas bodas en este infierno,» y el insigne Aguilera recita constantemente estos endecasílabos:

¡Bueno es el vino, cuando el vino es bueno!
Aunque si el agua es pura, fresca y clara.....
Siempre es mejor el vino que no el agua.

—=—

Modas.—Las mujeres feas han dado en usar traje azul y blanco, cuando están solas. En juntándose dos feas; pero de aquellas que se pueden llamar horripilantes, la una se pone vestido azul con adornos blancos, ó vice-versa, y la otra vestido rosado, siendo de rigor que una ú otra, ó las dos á la vez, luzcan en el collar ó en cualquiera otro dije alguna estrellita solitaria, con lo que, al ver el grupo, siente uno ganas..... de cerrar los ojos de asco.

—=—

A una fea, simpatizadora.

¿Conque al infame *mambí*,
Que la ley humana infringe,
Te inclinas? Creo que sí:
Pero lo celebro, esfinge,
Y lo celebro por mí.
Que aunque te hagas de las mias,
No he de cantar *alelugo*,
Puesto que las simpatías,
De caras como la tuya,
Parecen antipatías.

—=—

«Se solicita una criada de mano blanca» dice un anuncio inserto en los diarios de estos dias. Se desea saber, digo yo, si, la criada que se solicita, puede ser negra, con tal que tenga la mano blanca y para qué se la solicita, si para servir, como parece indicarlo el apelativo que se la dá, ó para casarse, habiendo quien pida su blanca mano. De cualquier modo, el anuncio me hace recordar aquel epigrama:

Sin cuidar cierto gorrero
De ortográficos aliños,
Plantó el siguiente letrero:
«Aquí hay gorros, para niños
Hechos con gusto y esmero.»

—=—

OTROS REFRANES.—«De gustos no hay nada escrito» se suele decir y es verdad; porque hombres he conocido yo que han preferido el pulque mejicano, bebida que huele á huevos corrompidos, y su sabor es como su olor, á los mejores vinos españoles. Otros he visto enamorarse de mujeres feas y hasta existen algunos que, entre el órden, que trae la abundancia, y el desórden, que produce la miseria, están por lo segundo, haciendo ver así la razon con que siempre se ha dicho que *hay gustos que requieren palos*.

—=—

Los *mambises* son de los que tienen gustos como los últimamente indicados, y esto demuestra la verdad del cantar siguiente que se le ha ocurrido de pronto al sesudo Amurates:

Gustos que requieren palos
Tiene la mambisería,
Y por eso está sufriendo
Tan soberanas palizas.

—=—

Ya se sabe por qué Aguilera desea que al yankee Jordan se le lleven los diablos. Aguilera ódia el agua y ha tomado horror al hombre que en su apellido lleva el nombre de un rio. Tiene razon Scribe: pequeñas causas producen grandes efectos. ¿Quién sabe si de los gustos de Aguilera y del nombre de Jordan surgirá la disolucion de los revolucionarios? Pero no: lo que dará pronto este resultado es el gran refuerzo que está para llegar de la Península.

—=—

La teoria de un *imperium in imperio* que hoy sostiene la teocracia, se parece á la ocurrencia que tuvo Virgilio de hacer á Dido contemporánea de Eneas, príncipe que debió vivir tres siglos ántes que la fundadora de Cartago, y al cuadro de la *Circuncision* de Cigoli, en el cual aparece el viejo Simon con anteojos, los cuales se inventaron ayer, como quien dice, y en fin, al célebre sermon del cura de Chaorna, predicador del tiempo de Cárlos III, en que el citado cura decia que Adan era tan hermoso que siempre que andaba por las calles, salian las monjas á verle por las celosias de las ventanas. Estas cosas tienen el nombre comun de anacronismos.

—=—

El *parásito* Montmaar, hallándose en un banquete en que unos cantaban y otros hablaban ó reian, «¡Silencio, exclamó, señores! Porque con el ruido que ustedes hacen, yo no sé lo que cómo.»

Algo de eso le pasa á Céspedes. Con los tiros que van llegando á sus orejas, hay dias en que ni sabe lo que come ni recuerda si ha comido.

SOBREMESA.

EL MORO MUZA.—Compañeros, ¿quién de vosotros ha leido *La Patria*, periódico madrileño que va á ocuparse de las cosas de Cuba?

SELIM.—Nadie, señor Moro. ¿Por qué es la pregunta?

EL MORO MUZA.—Porque os provengo que un señor Tejeiro, que es el director de ese periódico, supone estar inspirado por el Excmo. Sr. Capitan General de aquí, D. Antonio Caballero de Rodas, y yo sé de buena tinta, que ni dicho Excmo. Sr. ha autorizado á dicho Sr. Tejeiro para decir lo que dice, ni ha entrado nunca en la mente de nuestra dignísima Primera Autoridad mas idea que la de dejar á todos los periódicos en libertad para juzgarle imparcialmente segun sus actos. Conste, pues, que no tiene fundamento alguno la aseveracion del Sr. Tejeiro, y preparémonos á recibir con los brazos abiertos á los soldados y voluntarios que estan para llegar á estas playas á defender la causa española, que es la de la moralidad y la justicia.

AMURATES.—Ya sabrá V., señor Moro, que los asturianos se han reunido en el Casino para tratar de los medios de hacer una entusiástica recepcion á los «Voluntarios de Covadonga.»

EL MORO MUZA.—Sí, Amurates, y sé tambien que esos nobles hijos de Pelayo, juzgando, como debian hacerlo, á todos los españoles, han contado para su patriótico pensamiento con la cooperacion de los que hemos nacido en otras localidades, habiéndose constituido á este fin una Junta en que figuran excelentes patricios de Asturias, de Castilla, de Cataluña, de Valencia, de Cuba, en fin, de diversas provincias de España; y sé tambien, que lo primero en que ha pensado dicha Junta, es en dar una muestra de su alto aprecio á los Voluntarios de Madrid, que están para arribar á nuestro puerto de un momento á otro, sintiendo aquella no tener tiempo suficiente para los preparativos de la gran recepcion que quisiera hacer á los distinguidos veteranos que forman ese magnífico cuerpo con que la Metrópoli ha querido contribuir á la salvacion de Cuba, y sé además, que, por acuerdo tomado en la reunion que ántes de anoche tuvo lugar en casa del Excmo. Sr. Conde de San Ignacio, se trata de generalizar la idea, proponiendo al Casino la formacion de una Junta magna, que tenga por objeto obsequiar á todos los batallones de voluntarios que de todos los puntos de la Península vengan á hacer en aras de la patria el sacrificio de su sangre generosa. Todo esto sé yo, no solo *de auditu*, sino *de visu*, por haber tenido la honra de asistir á las reuniones sobre el particular celebradas, y acerca de las cuales os diré solo por ahora que, siendo el presidente de la Junta actual el Excmo. Sr. Conde de San Ignacio, vice-presidente el Excmo. Sr. Conde de Cañongo, secretarios los Sres. D. Pedro Sotolongo y D. José Rocamora, y figurando entre los vocales nombres como los de los Sres. D. Ramon Herrera, D. Antonio Alvarez Galan, D. José Suarez Argudin, D. Antonio Garcia Rizo, D. Eduardo Alvarez Mijares, D. Mariano Alvarez, D. Ramon Suarez Inclan, D. Manuel Martinez Rico, D. Luciano Garcia Barbon, D. Anselmo Gonzalez del Valle, D. Mariano Gonzalez, D. Francisco Ochoa, D. Julian Alvarez, D. Apolinar del Rato, D. Juan Bances, D. Ramon Arango, D. Rosendo Villaverde, D. Felipe Alonso y Fierro, D. Hermógenes Gonzalez Olivares, y otros que ciertamente son á cual mas respetables, no cabe duda de que serán bien interpretados los deseos de todos los buenos españoles en las manifestaciones de cariñosa estimacion que nuestros hermanos de allende los mares han de recibir al abandonar sus penates para acudir á la defensa de nuestros intereses y de la honra nacional. Brindo, pues, á la salud de todos los buenos patriotas, y particularmente al feliz viaje de los Voluntarios de Covadonga, de Santander y de Madrid, que deseo ver cuanto antes debidamente festejados en la Capital de la Perla de las Antillas.

TODOS.—¡Vivan esos voluntarios y vivan los de toda la Isla!

EL MORO MUZA.—Bien, pero no bastando las palabras, vamos á las obras, con cuyo motivo se levanta la sesion.

AVISO A LOS VENDEDORES:

El 1ºmes habrá Quincena de El Moro Muza.

IMPRENTA EL IRIS, OBISPO 20.

© Biblioteca Nacional de España